
ACTO TERCERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTEREY, MEXICO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

OROZCO; VILLALONGA

OROZCO. ¿Qué me cuentas?... ¿Pero cuándo ha sido eso?

VILLAL. Anoche ó ayer tarde... No estoy bien enterado de la hora. Lo que sí sé es que Clotildita, harta ya de la tiranía de su hermano, y queriendo arrollar los *obstáculos tradicionales* que la separaban de su horterita, alzó bandera revolucionaria y abandonó la casa de Federico, llevando su ropita en un lío colgado del brazo.

OROZCO. Me gusta el pronunciamiento.

VILLAL. Y viva la democracia.

OROZCO. ¿Y á dónde fué á parar con su cuerpo?

VILLAL. Pues se fué solita, por su pié, á casa de Infante, poniéndose bajo el amparo tutelar de Manolo, y de su tía Carlota. De modo que la tienes de vecina.

OROZCO. ¿Y Federico... intransigente... furioso...?

VILLAL. Atróz...

OROZCO. Pero si mil veces le hemos dicho mi mujer y yo: «tráenos acá á tu hermana, y no te cuides más de ella.» Pero su orgullo consideraba sin duda nuestra protección como una limosna humillante, y ya ves...

- ¡Bien merecido le está! Tanto quijotismo viene á parar en que al fin hay que casar á la descendiente de los Vieras de Acuña con ese... ¿cómo se llama?
- VILLAL. Santanita... Pues ten por cierto que nuestro amigo no transige.
- OROZCO. Claro: pretendía sin duda que, viviendo su hermana como vive, le hubiera pedido su mano un Hohenzollern ó un Hapsburgo. ¿De modo que cuando llegue el papá...?
- VILLAL. Pero si ha llegado esta mañana... en el *express*... y al entrar en su casa se encontró sin la angelical criatura.
- OROZCO. ¡Valiente cuidado le dará! ¿Has visto á Joaquín?

ESCENA II

LOS MISMOS; INFANTE (que entra precipitadamente.)

- INFANT. Le he visto yo.
- OROZCO. (Con jovialidad) ¿Y qué cariz trae?
- INFANT. Tan meloso, tan sutil, tan insinuante y seductor de palabra como siempre. (Á Orozco.) Me ha encargado que te anuncie su visita para hoy. Viene de Inglaterra con la máxima de que el tiempo es dinero. A las cinco.
- OROZCO. Ya tenemos el cometa en el horizonte.
- VILLAL. ¡Bienaventurados los pobres, porque no tenemos la influencia maléfica de esas estrellas con rabo!
- INFANT. ¡Farsante igual! Estuvo en casa no hace dos horas, á ver á su hija. ¡Oh, qué escena tan conmovedora! Lloraron.
- VILLAL. ¡También él!
- OROZCO. Joaquín imita el llanto de las personas con una per-

- fección que causa maravilla... (Á Infante.) Pero dime, Manolo, ¿estás contento con la lotería que te ha caído?
- INFANT. Pues mira, cuando la vimos entrar anoche... estábamos comiendo... con su lío en el brazo, y detrás un mozo de cuerda con el baul, la primera impresión mía fué muy desagradable. Con cuatro palabras ingenuas, sencillas, dichas con alma, nos explicó su situación. Mi tía Carlota, única persona de viso que la trataba y solía visitarla, por haber sido muy amiga de su madre, la acogió del modo más cordial, y por mi parte no tardé en simpatizar con ella. A estas horas, tanto mi tía como yo le hemos tomado cariño, y abrazamos resueltamente su causa.
- OROZCO. Es simpática como su hermano, y ninguno de los dos se parece al papá.
- INFANT. ¿Simpática has dicho? Es un ángel.
- VILLAL. ¡Eh! poco á poco. Si le habrá salido un rival á Santanita...
- OROZCO. ¿Amor, Manolo?
- INFANT. Ea, se acabaron las bromitas, y vamos á las veras... (Á Orozco.) Yo vengo aquí con una pretensión...
- OROZCO. (Vivamente.) ¡Ay, ay! Ya me duele... Me lo temía. Pretensiones á míl...
- INFANT. Pero, hombre, si no me has dejado hablar...
- OROZCO. Si te veo venir. Lo de siempre. Esos mocosos quieren caer sobre mí como la langosta.
- VILLAL. Inconvenientes de la fama, Tomás. Esos tórtolos inocentes te piden protección.
- OROZCO. ¿A mí? ¿Pero qué protección he de darles yo?... Están frescos... Pero este Manolo...!
- INFANT. Me dejas hablar, ¿sí ó no?
- OROZCO. No; más vale que te calles. Como que el inocente

ese pedirá un destinito para poder casarse. Pues ¿quién mejor que tú?...

INFANT. No se trata de eso... todavía.

OROZCO. ¿Pues de qué?

INFANT. Quiero hablar con Augusta. Me entenderé mejor con ella. ¿Ha salido?

OROZCO. Creo que no.

INFANT. Que venga... Augusta. (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)

OROZCO. Ya viene.

ESCENA III

LOS MISMOS; AUGUSTA

AUGUST. Ya, ya estoy enterada... Mi enhorabuena, Manolo, protector de los amantes finos, amparo de la inocencia.

OROZCO. Sí, pero nos quiere endosar á los tórtolos para que nosotros...

AUGUST. Les protejamos. Excelente idea. Yo me alegro, y tú también, Tomás.

OROZCO. Siga el jubileo en mi casa. En fin, Manolo, explícate.

INFANT. La joven... repito que es el mismo candor... Desde que entró en casa, no ha cesado de pedirme con verdadero afán que la traiga acá.

OROZCO. (A Augusta.) Ves?

AUGUST. Siempre hemos deseado traerla.

INFANT. Pero de visita... No; en mi casa vivirá hasta el día del bodorrio.

VILLAL. (A Orozco.) No puedes, no puedes librarte...

INFANT. Hoy, casi con lágrimas en los ojos, me ha repetido la súplica: «Lléveme usted, lléveme usted por Dios, á ver al Sr. de Orozco. Tengo que pedirle un fa-

vor.» No he querido decirle que sí ni que no hasta no consultaros... ¿La traigo, ó no la traigo?

AUGUST. Sí, sí, queremos verla.

OROZCO. Como has de reventar si no la traes... tráela.

INFANT. Vuelvo al instante. Dentro de diez minutos estamos aquí. (Vase y vuelve.) Y si está el novio en casa, ¿le traigo también?

OROZCO. No, hombre, guárdatele.

VILLAL. Sí, que lo traiga... (Vase Infante.)

AUGUST. Les protegeremos, sí. Lo primerito es casarles.

VILLAL. Sí, creo que es lo más urgente. Después, éste les señalará una pensión...

OROZCO. Yo? No puede ser; y lo siento, de veras lo siento.

VILLAL. ¡Hombre sin entrañas!

AUGUST. Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu tacañería. ¿Cómo vamos á dejar á esos pobres chicos...?

OROZCO. Tú, tú...

AUGUST. Pues yo, yo...

OROZCO. Adiós, Jacinto. Tengo que prepararme para recibir al cometa. (Vase por el despacho.)

ESCENA IV

AUGUSTA; VILLALONGA

AUGUST. ¿Pero usted se ha creído que no haría nada por ellos?

VILLAL. ¿Qué he de creer yo tal cosa? Conozco á Tomás aún mejor que usted... por lo menos, antes que usted.

AUGUST. ¡Pobres chicos! ¡Mire usted que enamorarse de balcón á balcón...! ¡Y aficionarse los dos al matrimonio, y no parar hasta realizarlo! ¡Qué honradéz y

qué nobleza de ideas...! Nada, Jacinto, reconozca usted que el verdadero amor, el sentimiento primordial que mueve el mundo, no existe ya en toda su pureza más que en la clase de dependientes de comercio.

VILLAL. Por de contado, crea usted que Federico llevará muy á mal que ustedes favorezcan ese matrimonio.

AUGUST. ¿Lo cree usted? No... eso sería ya un fanatismo imperdonable. Se guardará muy bien...

VILLAL. Sermonéele usted...

CRÍADO. (Anunciando.) El señor de Malibrán.

ESCENA V

LOS MISMOS; MALIBRÁN

MALIB. Señora y amiga...

AUGUST. ¡Qué sorpresa! No le esperaba. Viene usted como llovido del cielo.

MALIB. No vengo del cielo, sino que entro en él, pues entro donde usted está.

AUGUST. ¡Ay, Dios mío, cuanta finura!

VILLAL. Don Cornelio... (Saludándole.)

MALIB. Don Jacinto... Creí encontrar aquí á Joaquín Viera.

AUGUST. ¿Ha llegado? Presumo que es amigo de usted.

MALIB. Vivimos juntos algunos meses en Londres. Pues estuvo á verme esta mañana. Y á propósito, ¿es cierto que Clotildita...? Y Federico, ¿qué hace...?

VILLAL. Sí; de él hablábamos.

MALIB. Le compadezco... por eso, y por otras muchas cosas. Es un desequilibrado, un cerebral, una contradicción viva, una antítesis...

AUGUST. ¡Vaya, que no trae usted hoy poca sabiduría...!

VILLAL. Su trabajo le cuesta. ¡Hombre dado á las investigaciones...!

MALIB. No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que me han obligado á estudiar la vida. Compadézcame usted en vez de zaherirme por lo que sé. Y sé más (con fineza de dicción y de intención), mucho más de lo que usted cree.

AUGUST. (Confusa, aparte.) ¿Qué quiere decir?

VILLAL. (Aparte.) Es mucho D. Cornelio este... (Alto.) Cuidado, amigo mío; tanta sabiduría se le podría indigestar, y...

ESCENA VI

LOS MISMOS; CLOTILDE, INFANTE (que entran por la izquierda); OROZCO (que sale del despacho.)

AUGUST. (Adelantándose á recibir á Clotilde.) Clotilde, hija mía...

CLOT. (Turbada.) Señora... (Aparte.) ¡Cuánta gente!... ¡qué vergüenza!

INFANT. (Á Villalonga.) Como no tiene costumbre de sociedad, la pobrecilla no acierta á decir dos palabras. ¿Verdad que es preciosa? ¡Y qué aire tan distinguido...!

AUGUST. ¡Cuánto gusto en verla por aquí...!

CLOT. Yo... señora... yo...

OROZCO. Clotildita...

CLOT. Don Tomás...

OROZCO. Seréense usted. Está entre buenos amigos, que desean su felicidad.

AUGUST. Nos ha dicho Manolo que deseaba usted hablar con Tomás.

(En un sofá colocado á la derecha, se sientan Augusta y Clotilde. Orozco en una silla próxima. Los demás en pie detrás del sofá ó por los lados.)

CLOT. Sí... es verdad, sí... (Aparte.) ¡Qué miedo! No acierto

- á decir dos palabras... Yo creí que estarían solos...
- AUGUST. Ya supongo... Mi marido y yo nos hacemos cargo de su situación, y estamos dispuestos á mirar por usted, á protegerla...
- OROZCO. En lo que sea posible...
- CLOT. Gracias, gracias. (Aparte, mirando furtivamente al techo y á los objetos más próximos.) ¡Ay qué casa tan preciosa! ¡Cuándo tendré yo una así!
- MALIB. (Á Villalonga.) Es linda de veras... ¡y qué tipito tan aristocrático!
- INFANT. Y sobre todo, qué inocente!
- VILLAL. Sí, muy inocente... pero no te fíes...
- OROZCO. Somos muy amigos de Federico... Bien sabe usted que le queremos mucho.
- CLOT. Mi hermano es bueno... Tiene sus defectos...
- OROZCO. Como los tenemos todos...
- CLOT. Pero su corazón es noble.
- OROZCO. También somos amigos de su papá de usted...
- CLOT. ¡Qué bueno es!
- AUGUST. Sí, sí; muy bueno...
- INFANT. ¡Pero qué candor!
- OROZCO. Con sus defectillos, claro.
- CLOT. (Vivamente.) Como los tenemos todos.
- AUGUST. La resolución que usted ha tomado, es un poco grave... pero sin duda no podía usted seguir en compañía de su hermano.
- CLOT. Ah!... no señora... imposible seguir... (Aparte.) ¡Ay, si se fueran esos, yo me explicaría...
- OROZCO. Díganos usted...
- INFANT. La pobrecilla no se atreve. Yo le ayudaré. Ya debéis comprenderlo. Quieren casarse...
- CLOT. Eso es, casarnos...
- INFANT. Y como son previsores, piensan en el nido... En

- fin, que hay que empezar buscándole un empleo á Santanita.
- OROZCO. Ya... su prometido, su novio de usted no tiene oficio ni beneficio. Vive con algún pariente...
- CLOT. No señor. Diré á usted. El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad, dándole una gratificación; pero los negocios de aquella casa hace un año que van de capa caída... « Qué hacemos, qué no hacemos. » Pues economías; y lo primero que se les ocurre es suprimir el chocolate del loro... Al pobre Pepe le tocó ser la primera víctima. Pero bien lo pagan, porque se quedaron sin contabilidad, y ahora cogen el cielo con las manos. Un comercio sin contabilidad, bien sabe usted que es como un corto de vista sin anteojos.
- OROZCO. Cierto. (Admiración en todos.)
- CLOT. (Aparte.) Gracias á Dios que me voy soltando.
- AUGUST. De modo que hoy por hoy al pobrecito Pepe le vendría bien un destino...
- OROZCO. Eso, Manolo, tú... toma nota.
- INFANT. De oficial quinto... sí.
- CLOT. Pero como los destinos del Gobierno son tan inseguros, pretendemos además otra cosa, por lo que pueda tronar.
- AUGUST. ¿Otra cosa?...
- VILLAL. Pues no es corta para pedir la inocente.
- CLOT. Diré á usted, Pepe es muy despejado, y aunque parece un alma de Dios, es hombre de fibra, sin carácter.
- OROZCO. Lo creo.
- INFANT. Y simpático... Le he visto hoy, y me ha entrado por el ojo derecho.
- CLOT. Huérfano de padre y madre. Veintitres años. Des-

- de los dieciseis trabaja y gana para mantenerse.
- AUGUST. Vamos...
- CLOT. En la partida doble hace primores; escribe cartas comerciales en francés; tiene título de Perito Mercantil, y se ganó un premio de Economía Política.
- AUGUST. ¡Angel de Dios! Señores, es preciso que entre todos le protejamos.
- CLOT. En casa del tío Santana... frente á donde yo vivía... llevaba solito todo el peso del escritorio... Nunca sirvió en el mostrador, que repugna á sus hábitos. Pero hoy está decidido á todo con tal de ganar para mantener á la familia. Es incansable en el trabajo. Sabe llevar los libros como los llevan pocos, y en las sumas largas no se le escapa un céntimo; por eso me determino á molestar al señor de Orozco, suplicándole...
- OROZCO. Hija mía, yo no tengo casa de comercio.
- CLOT. Ya lo sé... pero... Dispénseme si le molesto con mis pretensiones.
- AUGUST. Acabe, acabe usted.
- CLOT. Pues queremos que el señor de Orozco se interese con los señores Trujillo y Ruíz Ochoa, banqueros, en cuyo escritorio está vacante la plaza de tenedor...
- MALIB. Pues esta inocentona no pierde ripio.
- OROZCO. ¿Y está usted segura de que hay esa vacante?
- CLOT. Como que hoy mismo fué Pepe á preguntar, y en efecto... no la han provisto. Si usted la pide, don Tomás, la plaza es nuestra.
- AUGUST. Nada, nada; que Pepito será tenedor.
- VILLAL. Tenedor... y ella cuchara... ¡Vaya una niña!
- OROZCO. Yo veré... pero entendámonos, Clotildita. Ha pedido usted primero un destino de oficial quinto, después la plaza de tenedor. Supongo que será para

- optar por una de las dos, en caso de que...
- CLOT. No señor, no se trata de optar...
- OROZCO. Entonces... pretende...
- CLOT. Las dos plazas.
- VILLAL. ¡Demonio con la joven angelical!
- OROZCO. ¿Y desempeñará los dos?
- CLOT. Perfectamente. Irá á la casa de banca antes y después de las horas de oficina. El destino del Gobierno queremoslo como ayuda en los primeros tiempos. Después lo dejamos. Pepe no ha nacido para oficinas... Tiene vocación de comerciante... pero en grande... sueña con ser rico, y lo será. Yo le ayudaré.
- VILLAL. ¿Qué tal, infantilillo?
- INFANT. Que esta niña vale un imperio.
- OROZCO. ¡Pero Clotildita, acaparar dos plazas, cuando hay tantos que no tienen ninguna!
- CLOT. Pues que se las busquen como puedan. Cada cual mire por sí.
- AUGUST. Pero será quizás mucho trabajo...
- CLOT. ¡Mucho trabajo! Todo el trabajo del mundo le parece poco para su ambición de ganar dinero. Y que hace falta sacarlo de una parte y de otra, porque las necesidades aumentan de día en día, y todo se está poniendo muy caro. La carne por las nubes; el pan...
- VILLAL. ¿Pero has visto esto?
- INFANT. ¡Qué monada!
- MALIB. Es la reina de las hormigas.
- CLOT. A Pepe no le asusta el trabajo. Hoy mismo... verán: por las mañanas emplea dos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Miguel. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y por las no-

ches se pasa tres horas escribiendo en casa de un notario.

OROZCO. ¿Qué tal? Esto es... de oro.

AUGUST. ¿Y gana, gana cuartos?

CLOT. ¡Que si gana! Hay meses que pasa de treinta duros.

AUGUST. Con los cuales va viviendo; pobrecillo!

CLOT. Y le sobra. Vive como un anacoreta.

OROZCO. También ahorra?

CLOT. Ya lo creo. Yo no le permito que gaste más que lo preciso. Buena soy yo. Afortunadamente no tiene ningún vicio.

AUGUST. Y lo que le sobra, lo va guardando...?

CLOT. No señora... que se lo guardo yo. Así está más seguro.

MALIB. No he visto otra...

VILLAL. Todavía no se han casado, y ya se ha puesto los pantalones.

INFANT. De modo que todo aquel baul que llevó usted á casa lo tiene usted lleno de duros, picarona.

CLOT. No señor... Pepe sabe agenciarse para cambiar su plata por oro... aquí consigue una monedita, allá otra, y así vamos reuniendo...

VILLAL. Ya... y al fondo del baul.

CLOT. Al baul, no.

OROZCO. ¿Dónde guarda usted sus caudales, señorita?

CLOT. Aquí. (Señalando al cuerpo.) En un cintillo.

MALIB. ¡Qué portento de muchacha!

VILLAL. Aprendamos, aprendamos todos...

INFANT. Ahí tenéis la generación que nos ha de barrer... Estos, estos...

VILLAL. Acuérdense de lo que digo. Antes de cinco años, esos tendrán más dinero que nosotros.

AUGUST. Lo primero es casarlos... á escape.

INFANT. ¡Casarlos!... Bien se lo merecen!

CLOT. (A Orozco.) ¿Podemos contar con la plaza de tenedor?

OROZCO. No es cosa mía. Veremos...

AUGUST. Diga usted que sí.

CLOT. (A Infante.) ¿Y con la plaza de Oficial quinto? Apunte el nombre, D. Manuel.

INFANT. Haré los imposibles por conseguirlo.

CLOT. Ustedes son nuestra salvación. Hace un rato, hablando con Pepe de si pedíamos ó no este favorcito, decía él *mañana*; pero yo dije *hoy*, porque yo he creído siempre que eso de dejar las cosas para mañana es perder las buenas ocasiones, y que cuando se ocurre una medida salvadora, debe ponerse en práctica... al instante.

VILLAL. ¡Pero qué chiquilla...!

MALIB. Si todos los solteros que estamos aquí debiéramos pedir su mano.

INFANT. Envidiemos al gran Santanita.

VILLAL. Todos los presentes aceptamos la lección, y juramos proteger á esa pareja, ¡la pareja de los grandes destinos!

AUGUST. Sí, sí, aprended aquí, solterones empedernidos, holgazanes, polilla de la sociedad. Estos, estos son los seres providenciales, los que vigorizan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas á las naciones.

CLOT. Gracias, gracias á todos. Nuestra gratitud será eterna.

(Entra un criado y da una tarjeta á Orozco.)

OROZCO. (Levántase y dirígese al otro lado de la escena. A Villalonga y Malibrán.) Ya tenemos al cometa en el meridiano.

- AUGUST. (Levantándose.) Perdóneme usted, hija. (Dirigese á hablar con Orozco y Villalonga.)
- INFANT. (Á Clotilde.) Bien, bien. Así me gusta á mí la gente.
- CLOT. Como soy tan corta de genio, no me atreví á hablarles de otra cosa.
- INFANT. Qué?
- CLOT. Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece al papá de Augusta, el Sr. de Cisneros... Pues cuando tenga más confianza, le diré á esta señora que le hable á su papá...
- INFANT. ¿Para que les baje el precio?
- CLOT. Oh! no; eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y nos empapele la sala, que está muy fea.
- INFANT. Yo me encargo de eso... yo.
- AUGUST. (Á Orozco.) Por Dios, Tomás. Temo á tu bondad. Trátale como merece.
- OROZCO. Descuida.
- AUGUST. (A Clotilde.) Venga usted conmigo. (Vánse por la puerta de la alcoba.)
- INFANT. Vámonos al billar. (Salen por el billar.)
- MALIB. (A Orozco.) Yo dejo á usted.
- OROZCO. Despacho pronto. ¿Quiere usted pasar al billar?
- MALIB. No; me voy á mi casa ó al Ministerio. Tengo que escribir un sin fin de cartas urgentísimas.
- OROZCO. Pues escríbalas usted en mi despacho, y luégo se queda usted á comer.
- MALIB. Acepto con mucho gusto... lo primero nada más. (Entra en el despacho.)

ESCENA VII

OROZCO; JOAQUÍN VIERA

- VIERA. (Abrazándole con efusión.) ¡Tomás de mi alma!
- OROZCO. Joaquín... ¿qué tal... qué me cuenta usted?
- VIERA. ¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... ¡Qué placer me causa verte!
- OROZCO. ¿Cuánto tiempo!...
- VIERA. Sí... Y tú estás bueno... buen color... Abrazame otra vez... aprieta, aprieta. Tomás, querido Tomás. Te conocí niño, después mozo, hombre al fin. ¡Cómo reverdecen en nuestra alma los antiguos cariños cuando vamos envejeciendo! Y ahora que me agobian tantas desdichas... ¡Ay, hijo mío! (Con emoción.)
- OROZCO. Ya, ya sé que en Madrid ha encontrado usted algunas novedades poco gratas.
- VIERA. No me digas... Á Federico me le encuentro medio trastornado... Mi hija... mi angelical Clotilde... Mejor que yo sabes tú lo ocurrido. Figúrate mi pena...
- OROZCO. Me la figuro. Pero usted... creo yo... con tanto viajar y las largas ausencias, ha perdido el gusto de la familia, y vive usted demasiado suelto para afanarse por estas menudencias.
- VIERA. No, hijo mío, no me juzgues así... Mi vida, ¡ay! es la continua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme á mi carácter que la estabilidad. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oír la voz de un sér amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sino el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la exis-